

# Subjetividad y política en México



JULIA ISABEL FLORES

La acción política, como toda acción humana, no obedece sólo a una lógica cognitiva sino igualmente a una lógica afectiva y simbólica. La política no se guía nada más por intereses sino por pasiones e imágenes, creencias y emociones. Resulta probable que estas dimensiones condicionen, mucho más que la razón cognitiva, nuestras experiencias diarias.

La política no se puede encerrar en la oposición racionalismo-irracionalismo. Una política racional no responde únicamente a una racionalidad formal —con arreglo a intereses— sino también a otra sustantiva —conforme a fines y afectos.

A menudo, tanto los políticos como los intelectuales centran sus análisis en la dinámica de las instituciones, las estrategias de los actores y los condicionamientos económicos, sin considerar debidamente las experiencias cotidianas de la gente, sus miedos, esperanzas y deseos. Dejan pasar de largo la dimensión subjetiva de la política, aquella que contiene las imágenes, afectos, valores y pasiones; aquella que, con frecuencia, se tilda de irracional por no ser dócil al entendimiento.

Se olvida que la política no es sólo acción instrumental dirigida al logro de objetivos sino también expresión simbólica de una vida en común, ritual de reconocimiento recíproco en una identidad colectiva. Por ello, cobra suma importancia atender a las expresiones comprendidas en la dimensión subjetiva de la política, tales como el afecto, el tiempo, las identidades, la confianza y la forma en la que se construyen las imágenes políticas.

## *Subjetividad y cultura política*

Es posible observar que, en México, no hay una delimitación clara y muy marcada entre las diferentes esferas e institu-

ciones sociales pues los contornos entre lo público y lo privado se diluyen, aparecen difusos. La política, la economía y la familia se entrelazan mediante diversos símbolos, prácticas y discursos, conformando una mixtura particular, una peculiar combinación de lo público y lo privado que, desde luego, está presente en las formas de hacer política.

La ausencia de una distinción evidente entre los negocios, la política y la familia tiene como resultado que ciertos valores, como la eficiencia y la competencia, aún no se interioricen o no presidan las relaciones en el ámbito de las instituciones políticas, en el mercado o en el ámbito familiar. En las sociedades con un fuerte sustrato comunitario, como es la mexicana, la dimensión afectiva se manifiesta con más vigor, ya que se tiende a enfatizar las relaciones sociales y emotivas.

En nuestra cultura política, ese componente afectivo se hace notar de forma muy arraigada. Por una parte la confianza, la amistad y la lealtad constituyen categorías culturales centrales, valores que permanecen. Por la otra, una tendencia a manipular indirectamente el entorno mediante el afecto resulta notoria. Esto se registra en conductas muy arraigadas —como la corrupción, el amiguismo y el nepotismo—, que han llegado a constituirse en prácticas sociales y políticas habituales.

La transición de una sociedad rural hacia una urbana —relativamente reciente en el país— aún no provoca los suficientes cambios en una cultura política acostumbrada al autoritarismo, en donde el individuo es súbdito y no ciudadano. Persisten viejas formas en las prácticas y en los discursos, y los signos y los símbolos predominantes todavía no están vinculados a una tradición democrática. La permanencia de un partido en el poder durante un largo tiempo ha sedimentado una concepción acerca de la convivencia en la que el ciudadano solicita y el gobierno decide, el ciudadano financia y el Estado transfiere recursos

a la producción de bienes y servicios a veces no demandados ni requeridos.

La incapacidad del sistema político —Estado y partidos— para adaptarse a los cambios que demandaba una nueva nación, con nuevos actores, demandas y valores, trajo como consecuencia un desfase entre las formas del gobierno y la organización del poder constituidas en una colectividad fundamentalmente agraria, por una parte, y, por la otra, la sociedad de carácter cada vez más urbano donde debían aplicarse. Ello resulta de la pervivencia de moldes anquilosados de dominación, incapaces de enfrentar los nuevos contenidos y exigencias de la sociedad.

Si bien aparecen cambios en nuestra cultura política, aún estamos lejos de contar con una de rasgos modernos. Se producen transformaciones de valores vinculados a una tradición rural —tales como la desconfianza al dinero y al individualismo—, en otros propios de las ciudades. La esfera pública predomina sobre la privada. No obstante su fragmentación, el ámbito privado comienza a adquirir un mayor peso. Esto se expresa en la creciente participación de los ciudadanos en los asuntos públicos, aunque también en la tendencia de algunos sectores a adoptar una visión instrumental.

### *Cultura política e identidades*

Puede advertirse un creciente distanciamiento entre las instituciones políticas y los ciudadanos. Existe un desencanto no

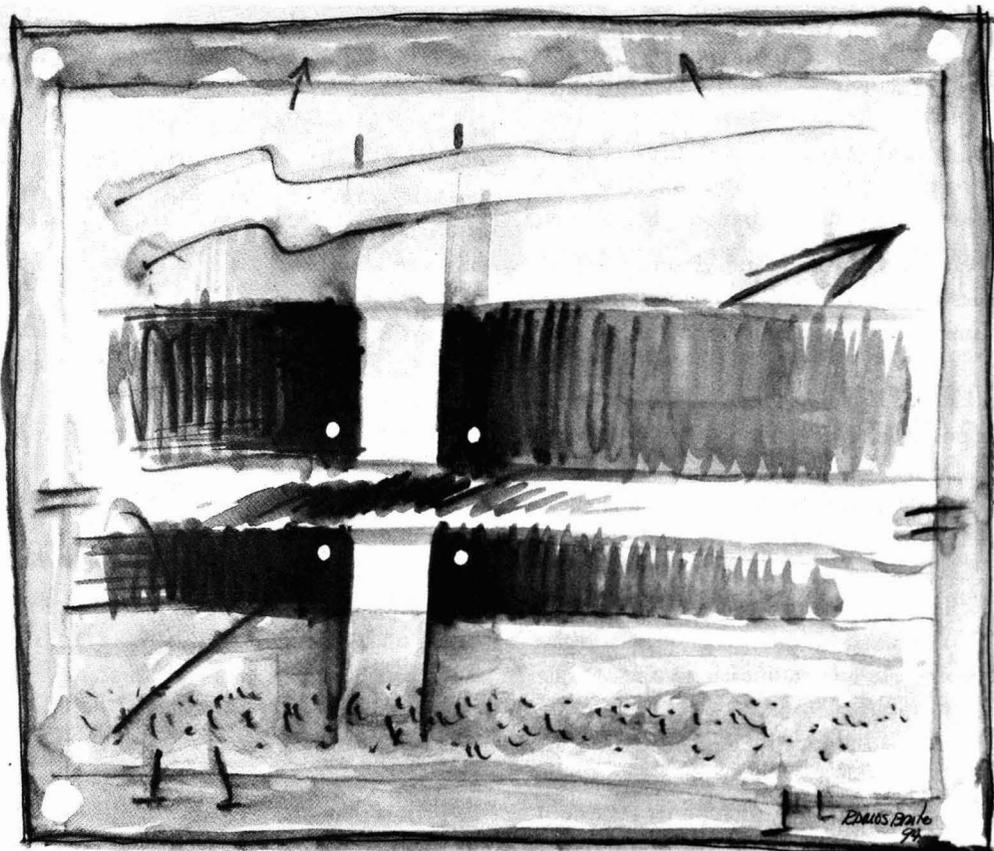
con la política como tal sino con determinadas formas de hacer política y en concreto con una que ha revelado su incapacidad para crear identidades colectivas. La práctica de gobierno se muestra incapaz de producir y reproducir un sentido del orden, respecto del cual hombres y mujeres logran contextualizar los diversos aspectos de sus vidas. La gente encuentra dificultades para objetivar los sentimientos de arraigo y pertenencia colectiva.

En nuestro país, el pueblo es entendido más como una localidad a la que se pertenece —“mi pueblo de origen”— que como el común de los ciudadanos (El Pueblo). Ello se explica, por una parte, debido a que los valores se encuentran aún ligados en buena medida a la familia y la comunidad pues pocas generaciones han vivido a lo largo del proceso en que el país pasó de tener un carácter rural a adquirir uno urbano. Por la otra, a la falta de creación de espacios políticos y de acceso a la participación.

De este modo, el individuo no experimenta un sentimiento de pertenencia con respecto al Estado, el gobierno y las instituciones, a las que considera ajenas. El individuo no se identifica a sí mismo como ciudadano.

La gente se aleja de la actividad política y asume una suerte de cinismo político: la creencia de que el Estado en general y la clase política en particular ya no funcionan en beneficio de los ciudadanos sino en su propio interés.

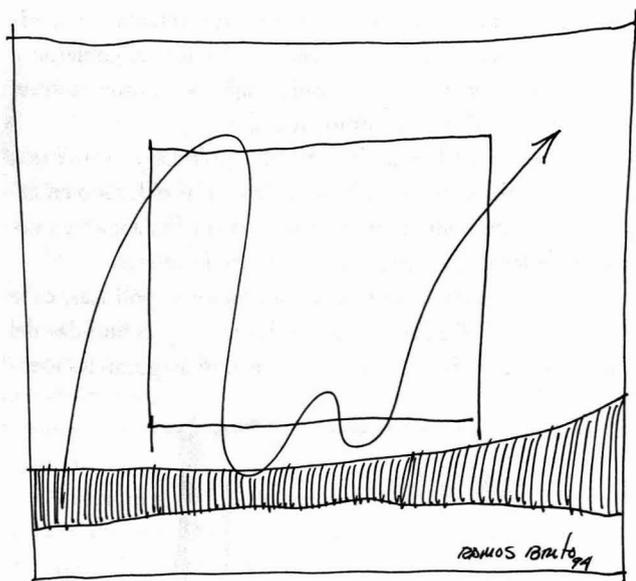
En la medida en que las organizaciones políticas, cada vez más especializadas —burocratizadas— y escindidas del quehacer diario de la gente, ya no crean ni aseguran las iden-



tidades colectivas, éstas tienden a recomponerse al margen de las instituciones e incluso en oposición a ellas, con el consecuente desprestigio de la actividad política, la inhibición del juicio político y las dificultades para expresarlo.

De allí la importancia de vincular la política con la vida cotidiana, ámbito donde se producen y reproducen las certezas básicas con que evaluamos lo novedoso y lo problemático, creando un ambiente de seguridad y estabilidad pues también nuestra experiencia cotidiana es el lugar de donde desprendemos buena parte de los criterios con que enfrentamos las decisiones políticas.

El arraigo social de las instituciones exige una noción generalizada de continuidad. Ello requiere, a su vez, la creación de mecanismos recíprocos de ajuste de las expectativas,



que permitan salvar las distancias entre el presente y el futuro. Uno de tales medios es la confianza, la cual se crea y desarrolla en la interacción, lo que presupone un proceso comunicativo.

La estabilidad de un sistema depende de la confianza que la sociedad deposite en el orden. La identificación de la ciudadanía con el sistema político, tanto como la credibilidad de éste frente a la opinión pública, se basan en la eficacia de los procedimientos —legalidad— pero también en un sentido de orden. Este último, a su vez, implica la interiorización de aquello que los ciudadanos pueden y deben hacer normalmente, y de la certeza de que todos cumplen las reglas del juego y obtienen de ello una gratificación, mientras que quienes las transgreden son sancionados.

México es una sociedad pluricultural que necesita crear formas de comunicación política donde puedan arraigarse los principios constitucionales sin presuponer un origen étnico, lingüístico o cultural común a todos los ciudada-

nos. Resulta urgente crear formas de comunicación política y sobre la política, que tengan como único denominador el apego a la norma constitucional y acentúen, al mismo tiempo, una actitud sensible ante la diversidad y la integridad de las distintas formas de vida que coexisten en una sociedad multicultural. Ello exige, a pesar de la pluralidad de culturas, la socialización de los individuos en una civilización política común.

Los núcleos de opinión pública en las entidades que forman la federación y entre los diversos grupos de la sociedad se encuentran todavía muy aislados culturalmente unos de otros. Con frecuencia se arraigan en contextos dentro de los cuales las cuestiones políticas sólo adquieren significación en el marco de una historia regional o local propia.

Para construir una adecuada política de comunicación es preciso recuperar las diversas culturas locales, por una parte, y crear una cultura política común, por la otra. En este sentido, las elites políticas y culturales y los medios de comunicación tienen un papel importante por desempeñar.

Los derechos políticos a la participación y a la comunicación ya no pueden ser percibidos hoy en día más que desde la perspectiva de la integración y de una influencia ejercida dentro de un intercambio de comunicaciones públicas. En México, coexisten la información organizada —a través de los medios de comunicación formalmente establecidos, tanto oficiales como de la iniciativa privada— y la generada cotidianamente en la sociedad civil, caracterizada por ser informal y no organizable en su totalidad, apoyarse en una cultura plural y constituir, por tanto, un tipo de comunicación escasamente controlable.

Ello obliga a mantenerse permeables ante los temas, los valores y las contribuciones aportados por el espacio público informal. Sólo si las instituciones responsables de formar opinión y voluntad interactúan con las comunicaciones públicas informales, podrá construirse un terreno político para la comunicación, que amplíe el abanico de opciones disponibles en la sociedad y, a la vez, contribuya a forjar una opinión pública informada.

Las transformaciones a las que nos hemos referido expresan la pugna entre lo establecido y aquello que comienza a surgir. Gracias a un sutil proceso social, los valores democráticos se asimilan poco a poco. El desgaste de un sistema de dominación que funcionó durante largo tiempo y el reclamo de nuevas relaciones entre la sociedad y el poder político obligan a construir un orden en el que todos tengan garantizado un futuro.

Las desigualdades e injusticias sociales no podrán ser aliviadas sin la concurrencia de muchos esfuerzos, sin la afluencia de muchas voces. Las certidumbres provendrán por fuerza de una suma de voluntades.

La creación de certezas requiere de verdad, seguridad y exactitud, además de un lenguaje compartido como código de una pluralidad de proyectos distintos, en el que todos han de reconocerse. ◆